



2

Dar de beber al Amado

Tomamos esta frase de una experiencia preciosa que narra Santa Teresa del Niño Jesús. Os invito a acoger la llamada de Jesús: el Señor sigue siendo el mismo, aquel que se acerca a nuestra vida, que se sienta, fatigado del trabajo de la salvación, y que nos busca a cada uno con amor, silencioso y paciente, sale a nuestro encuentro y te pide, nos pide: «*dame de beber*», y a la vez, pidiéndonos de beber, está esperando que nosotros le digamos a Él: «*Señor, dame de beber*».

Vamos a ver cómo esto no es una anécdota en la Escritura: es un testimonio en el evangelio de san Juan y en el libro del Apocalipsis. Si vamos un poco más adelante en el evangelio, en el capítulo séptimo, encontramos en el último día de la fiesta de las tiendas, aquel grito impresionante de Jesús:

Texto (*Jn 7, 37*)

«El último día de la fiesta, el más solemne, Jesús puesto en pie, gritó: «Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que crea en mí», como dice la Escritura: ‘De su seno correrán ríos de agua viva’. Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él».

Jesús puesto en pie, gritó. Fijaos allí en medio de la fiesta solemne de las tiendas. Jesús da un grito que le sale de lo más profundo del corazón. Es una invitación a pedirle a Él. El Señor, humilde, pide; es el misterio del Dios mendigo, que llama a nuestra puerta y como a la samaritana, te dice –y nos dice–: «*dame de beber*». Es el Dios que, haciéndose mendigo, es el revelador de la verdad.

Acercándose de manera humilde y sencilla, nos descubre el misterio del amor que lleva dentro, es como un fuego que le abrasa, que le hace gritar: «*Tú que tienes sed, ven a mí, ven a mí y pídemelo y bebe del agua que yo te doy, cree en mí y bebe. Abre tu corazón a la vida que solo yo te puedo dar, el Agua Viva que mana de mi costado abierto, de mi corazón atravesado convertido en una fuente para ti*».

Lo dice poco después san Juan: «*como dice la Escritura: ‘De su seno manarán ríos de agua viva’*» (*Jn 7,38*). Y esta Agua Viva, como nos hace entender el evangelista, es el Espíritu Santo, la tercera persona divina, Dios mismo, Señor y dador de vida, que recibirían los que creyeran en Él.

San Juan nos hace descubrir cómo este misterio se cumple a partir de la Pascua de Cristo, de la muerte y resurrección del Señor. Y este es el misterio: que **del costado de Cristo brotan, manan ríos de agua viva que nos alcanzan y nos convierten a nosotros, a la vez, en manantial de Dios.**

Recibiendo la vida de Dios, nos convertimos en manantial: mana también de nuestro corazón la vida de Dios para los demás, nos convertimos en luz de Dios.

Seguimos un poco más adelante y nos volvemos a encontrar, con toda la fuerza, con el mismo misterio. Tenemos una cita al pie de la cruz; allí nos cita el evangelista para describirnos el misterio que él vivió y contempló.

Texto (Jn 19, 28-37)

«Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dice: «Tengo sed».

Después Jesús dijo: «Todo está cumplido.» E inclinando la cabeza entregó el espíritu.

Fueron, los soldados y quebraron las piernas del primero y del otro crucificado con él. Pero al llegar a Jesús, como lo vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua.

El que lo vio lo atestigua y su testimonio es válido, y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis. Y todo esto sucedió para que se cumpliera la Escritura: 'No se le quebrará hueso alguno'. Y también otra Escritura dice: 'Mirarán al que traspasaron'».

Al grito de Jesús viene a corresponder este grito del evangelista, del apóstol Juan, del testigo que ha estado al pie de la cruz junto a María. Es verdad, el Señor lo gritó, aquello que le dijo a la samaritana volvió a salir de sus labios, pero de una manera mucho más fuerte, mucho más intensa. Podríamos decir que si no lo hubiera oído no se lo hubiera imaginado jamás.

Sí, el Señor lo dijo: **«Tengo sed»**. Esa sed de Jesús en la cruz que recoge la sed de todos los hombres. Él como hombre grita al Padre, en nombre de todos nosotros le presenta nuestra sed. Jesús en la cruz da la vida por nosotros y por eso esas palabras de Jesús nos revelan el misterio profundo del corazón de Dios.

Lo vuelve a decir porque este misterio no ha caducado, no ha terminado, el Señor vivo y glorioso sigue diciendo: **«Tengo sed de ti»**.

El evangelista nos narra lo que contempló: al Señor al morir le atravesaron el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua. **La fuente ha manado**. En el momento de la entrega se nos revela el misterio, en síntesis; en el momento de la muerte de Jesús aparece toda la crudeza, **la muerte en la cruz y el fruto del sacrificio**: del corazón de Cristo abierto mana el agua y la sangre.

Tan impresionante que el evangelista dice: **«el que lo vio da testimonio y su testimonio es válido y él sabe que dice la verdad para que también vosotros creáis»**. Compartid mi sorpresa, compartid mi corazón ante el misterio que he contemplado y nos convoca a todos a una cita, a llegar de la mano de María al pie de la cruz y ponernos debajo del costado de Cristo. **¡Mira al que ha sido traspasado!**
¡Mira al que está y sigue traspasado!

Más adelante en la Escritura, vamos al último libro de la Biblia y contemplamos la resonancia del grito de Dios a los sedientos. El pasaje nos narra este mismo misterio, el Dios vivo que nos invita a beber:

Texto (Ap 21, 6; 22, 1. 17-21)

«Dijo el que está sentado en el trono: yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin; al que tenga sed, yo le daré gratis del manantial del agua de la Vida»...

Luego me mostró el río de agua de Vida, brillante como el cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero...

El Espíritu y la esposa dicen: '¡Ven!' Y el que oiga, diga: '¡Ven!'.

Y, el que tenga sed, que se acerque, y el que quiera, reciba gratis agua de vida.

Dice el que da testimonio de todo esto: 'Sí, vengo pronto'.

¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!»

El Espíritu Santo que hemos recibido en nuestro corazón clama por Cristo, nos hace sentir en el corazón el deseo del Agua Viva de Dios. El Espíritu y la esposa, la Iglesia –que somos cada uno de nosotros– tenemos que aprender a ser dóciles al Espíritu y clamar al Señor: **¡Ven! Sí, dílo: ¡Ven, Señor, ven!**

Y no solo en el encuentro definitivo después de la muerte, sino ¡*ven ahora!*, Tú que estás siempre cercano en mi vida, ven, Señor, y sácime con el agua que solo tú puedes dar, sácime, Señor, con la vida divina, inúndame, Señor, con el Espíritu Santo que, dándome la vida de Dios, me hace crecer cada vez más en la sed de Dios.

El Espíritu y la esposa dicen: «¡Ven!» Díselo al Señor: ¡*Ven, Señor Jesús!* Que lo tienes cercano, muy cercano, deseando colmarte de sus dones.

Después de esta contemplación de la sed de Dios, y que nos descubre el misterio de nuestra propia sed, brota la llamada de hacer de nuestra vida un encuentro con Cristo, donde sea un mutuo saciar la sed de los que se aman: de Dios, que nos ama, y de nosotros, amados por Dios, llamados a corresponder a su amor.

Desde el pasaje de la samaritana y este breve recorrido que hemos hecho por algunos pasajes del Nuevo Testamento vamos a hacer una pequeña resonancia en la historia de la Iglesia, en la Tradición.

Veamos cómo un pasaje ha resonado y ha sido comentado por el propio Espíritu Santo. A lo largo de la historia de la Iglesia, Dios ha hecho entender este misterio de diferentes maneras, un misterio inagotable.

Primero, el prefacio del tercer domingo de Cuaresma del ciclo A, nos habla del encuentro de Jesús con la samaritana. Al comienzo de la plegaria eucarística la Iglesia bendice y da gracias al Padre por el misterio cumplido en Cristo.

Texto (Prefacio Plegaria Eucaristía III Domingo de Cuaresma) —————

*«Cristo, Señor nuestro, al pedir agua a la Samaritana,
ya había infundido en ella la gracia de la fe,
y si quiso estar sediento de la fe de aquella mujer
fue para encender en ella el fuego del amor divino»*

El Señor quiere estar sediento para encender, en aquella mujer y en cada uno de nosotros, el fuego del amor divino.

Pasamos del agua al fuego: el Señor quiere encender en nosotros la llama del amor divino, a esto estamos llamados, a nada más bajo, estamos llamados a lo más grande, a lo más alto. Tú estás llamada, llamado a esto, a ser encendida, encendido por el Espíritu Santo en el fuego del amor divino eterno. El amor que Dios vive desde siempre.

Cuando el Señor llama a tu puerta es para esto, para encender tu amor. Y este Espíritu Santo, que brota del costado abierto de Cristo glorioso que recibimos, no viene a nosotros para estar *quietecito*, para estar *adormecido*, viene en misión de amor.

Veamos lo que nos dice un místico, el beato Juan Ruysbroeck del s. XIV, un gran autor espiritual que nos introduce en este misterio de la llamada a corresponder al amor de Dios.

Texto (Juan Ruysbroeck, Amad al Amor) —————

«El Espíritu Santo grita en nosotros en voz alta y sin palabras: “Amad al Amor que os ama eternamente”. Su clamor es un toque íntimo en nuestro espíritu y el ardor de ese toque íntimo y de su amor es tal que quiere consumirnos enteramente. Él grita sin cesar: “Pagad vuestra deuda, amad al Amor que os ama eternamente”. Crece de ahí una herida interna, pues cuanto más amamos más debemos amar y cuanto más pagamos lo que el amor exige de nosotros, más permanecemos deudores. El amor no calla y grita eternamente, sin tregua: “Amad al Amor”».

Fíjate, contemplábamos al Señor gritando; pues bien, ¿no sabías que el Espíritu Santo grita dentro de ti? Sí, en nuestro corazón. Dios Espíritu Santo, la tercera persona de la Trinidad que hemos recibido en nuestro corazón grita, y su grito lo hace resonar dentro de nosotros: ***¡Ama al Amor, que te ama eternamente!***

Descubre el amor con que eres amada, eres amado, su clamor es un toque en tu espíritu, un ardor impresionante, paga tu deuda al Señor, deja que Él cree en ti esa herida interna, la herida del amor divino, para que comprendas con qué amor eres amada, eres amado, y con qué amor espera Dios que puedas responderle. El Espíritu no calla, el amor no calla dentro de ti, dentro de ti grita sin cesar: ***¡Ama al Amor, que te ama eternamente!***

Veamos ahora un testimonio impresionante, el testimonio de una doctora de la Iglesia, Santa Teresita del Niño Jesús, a la que Juan Pablo II nos ha descubierto como experta, sabia en la ciencia del amor. Ella nos cuenta su experiencia después de la gracia que en Navidad recibió.

Vamos de su mano junto a la Virgen al pie de la cruz, al calvario, al costado abierto:

Texto (Santa. Teresita, Historia de un alma, cap.5) _____

«Un domingo, mirando una estampa de Nuestro Señor en la cruz, me sentí profundamente impresionada por la sangre que caía de sus divinas manos. Sentí un gran dolor al pensar que aquella sangre caía al suelo sin que nadie se apresurase a recogerla. Tomé la resolución de estar siempre con el espíritu al pie de la cruz para recibir el rocío divino que goteaba de ella, y comprendí que luego tendría que derramarlo sobre las almas...

También resonaba continuamente en mi corazón el grito de Jesús en la cruz: «¡Tengo sed!». Estas palabras encendían en mí un ardor desconocido y muy vivo... Quería dar de beber a mi Amado, y yo misma me sentía devorada por la sed de almas».

Santa Teresita hace referencia, desde el misterio que está viviendo, al encuentro de Jesús con la samaritana:

«Me parecía oír a Jesús decirme como a la Samaritana: "¡Dame de beber!" Era un verdadero intercambio de amor: yo daba a las almas la sangre de Jesús, y a Jesús le ofrecía esas mismas almas refrescadas por su rocío divino. Así me parecía que aplacaba su sed. Y cuanto más le daba de beber, más crecía la sed de mi pobre alma, y esta sed ardiente que él me daba era la bebida más deliciosa de su amor».

Gracias, Teresita, por el misterio que nos has evocado. Te queremos pedir esa sed de Dios que tú viviste, tú que descubriste que tu vocación era el amor en el corazón de la Iglesia, esa vocación que tenemos que redescubrir todos nosotros, porque hemos sido llamados a vivir el amor de Dios.

Como tú, Teresita, tenemos que descubrir que la sangre del Señor está manando, y esa sangre y agua que brotan de su costado no son para que caigan inútilmente en tierra, que han brotado del costado abierto del Señor para inundar la humanidad, para bendecirla, para curar las heridas, los pecados, los sufrimientos de los hombres, sangre y agua que brotan del Señor con la esperanza de bendecirnos, de curarnos y, sobre todo, de inundarnos y llenarnos de la vida de Dios.

Ese dolor que tú sentías, al ver que esa sangre caía al suelo y nadie se apresuraba a recogerla, ahí descubriste la llamada primera del amor, pues nuestra primera llamada es acoger, recibir, dejarnos bendecir. Pero, a la vez que recibimos del Señor y nos vamos inundando de la vida que Él nos da, tenemos que convertirnos en instrumentos para que esa vida del Señor llegue a los demás. Teresita, enséñanos este misterio.

Señor, como hiciste en Teresita, haz también resonar en nuestros corazones tus palabras «*Tengo sed*». Y que suceda lo que sucedió en santa Teresita, que estas palabras tuyas, por obra y gracia del Espíritu Santo, enciendan en nosotros, en mí y en ti, el fuego del amor divino, del amor redentor de Dios.

Hoy también queremos pedirte, Señor, esta gracia: inunda nuestro corazón con el fuego de tu Espíritu, sácanos de nuestra sequedad, de nuestra indiferencia, de nuestra atonía; que comprendamos que nos llamas a ser apóstoles por desbordamiento, a convertirnos en recipientes llenos de ti para irradiar a los demás lo que recibimos de ti.

Nadie puede transmitir a Dios si no recibe a Dios. No solo de que nos hablen y nos digan cosas de Dios, sino que estamos sedientos de encontrar hombres y mujeres en los que podamos tocar a Dios, en los que al encontrarnos con ellos, en sus ojos, en su mirada, en su sonrisa se nos transmita el Señor.

Vamos a ver cómo ese deseo de volar, de transmitir la vida de Dios puede inundar nuestro corazón, en palabras de san Rafael Arnáiz, el famoso hermano Rafael, trapense, de la Trapa de Dueñas, Palencia.

Texto (Hermano Rafael, escritos) —————

«Quisiera volar por el mundo, gritando a sus moradores: ¡Dios! Dios! Dios! Solo Él!... Pobre mundo dormido, que no conoce las maravillas de Dios. Pobre mundo en silencio, que no entona un himno de amor a Dios!». Qué suerte tan grande tener un corazón enamorado de Él.

En este recorrido que hemos hecho, –hablando del misterio de Dios, de Dios que es amor, de Dios que tiene sed del hombre, y del hombre que tiene que descubrir que su vocación es vivir el amor de Dios–, desde el encuentro de Jesús con la samaritana, el breve recorrido que hemos hecho por el Nuevo Testamento, pasando por la liturgia de la Iglesia, por un místico flamenco del s. XIV, por santa Teresita y san Rafael Arnáiz, llegamos ahora a nuestro querido Benedicto XVI, que nos ha dado esa encíclica preciosa *Dios es Amor*, y en su mensaje para la Cuaresma de 2007 con el título “*Mirarán al que traspasaron*”.

En este mensaje el Papa volvía a proponernos el punto central de su encíclica *Dios es Amor*, nos invitaba, unidos a María y Juan al pie de la cruz, a mirar a Cristo crucificado que, muriendo en el calvario, con el costado abierto nos ha revelado plenamente el amor de Dios.

Texto (Benedicto XVI, mensaje para la Cuaresma 2007) —————

«Queridos hermanos y hermanas: miremos a Cristo traspasado en la cruz. Él es la revelación más impresionante del amor de Dios, un amor en el que eros [deseo] y agapé [don], lejos de contraponerse, se iluminan mutuamente. En la cruz Dios mismo mendiga el amor de su criatura: tiene sed del amor de cada uno de nosotros. De ese modo, contemplar “al que traspasaron” nos llevará a abrir el corazón a los demás».

Mira al que está traspasado porque el misterio sigue vivo: Cristo sigue llevando las heridas, las llagas en su cuerpo glorioso; Cristo resucitado y glorioso mendiga el amor del hombre, el amor de su criatura. Pero esto no basta saberlo, hay que responder.

El Señor desea la respuesta ardientemente, no la desea de cualquier manera. El Señor no dice: «*bueno, si respondes bien, y si no también*». ¡No, no! La respuesta le afecta a lo más profundo, como les dijo a los discípulos antes de la institución de la Eucaristía en la Última Cena: «*Ardientemente he deseado comer con vosotros esta Pascua, antes de padecer*» (Lc 22, 15).

El mismo amor de Cristo en la cruz tiene el Señor cada vez que te acercas a la Eucaristía. La respuesta que ardientemente espera el Señor es que te dejes atraer por Él, que le recibas, que te dejes abrazar y amar por Él.

El Papa Benedicto XVI nos dice que aceptar su amor, sin embargo, no es suficiente, no basta, hay que dejar que ese amor desarrolle dentro de nosotros todo el dinamismo con el que llega, para que vivas lo que Dios vive, para que podamos amar a los que Dios ama, hay que comprometerse a comunicarlo a los demás. Cristo me atrae hacia sí, para que aprenda a amar a los hermanos con su mismo amor.

Me gustaría sintetizar este recorrido, muy sencillo: el primer anuncio es la Buena Noticia de Dios, Dios es amor, y como es amor es deseo y don. Deseo de nosotros porque nos ama de verdad, no nos ama de lejos, al crearnos se ha comprometido Él mismo en ese amor, nos vive como parte de sí mismo, nos llama a ser partícipes de su vida. Él es fiel a ese amor y a la luz de su amor nos descubre el sentido de nuestra vida.

El Dios que nos espera en el Cielo es nuestro compañero de camino y es el que nos conduce a Él. Dentro de nosotros tenemos clavada la sed de Dios, una sed avivada por el Espíritu Santo para que abramos nuestro corazón a los horizontes de Dios, que es la humanidad entera, a nuestros hermanos los hombres, que son nuestros compañeros de eternidad.

Sedientos de Dios, vamos peregrinos por el camino de la vida: «*Dame de beber*». Esto es como un resumen de nuestra vida cristiana y este misterio queremos aprender a vivirlo de la mano de nuestra Madre, la Virgen María. Ella es la que ha vivido este misterio de Dios, nadie como ella ha respondido a la sed de Dios, ella ha sido la verdadera adoradora del don de Dios.



Meditación de Miguel Ángel Pardo en el programa “Dame de beber” de Radio María emitido desde el Centro de Espiritualidad del Corazón de Jesús de Valladolid, el 14 de octubre de 2007



SUGERENCIAS PARA ORAR

Algunas orientaciones que nos pueden ayudar en la lectura personal y en la comprensión del texto:

Paso a paso ...



Invocación al Espíritu

Pide que te ilumine y te abra a la comprensión de la Palabra



Lectura del texto

Lee de forma pausada para captar qué dice el texto



Meditación

¿Qué me dice el Señor en este encuentro?



Oración

Respondo al Señor, de corazón a corazón



Compromiso

Salto a la vida con otra actitud

Como resumen del texto, unas breves cuestiones a la luz del Espíritu en oración y diálogo con el Señor.

- ✓ ¿De qué puede tener sed Dios? ¿Cómo puedo responder al amor de Jesús ante tanta indiferencia?
- ✓ Cuántas veces Jesús está cerca de mí. ¿Reconozco el don de Dios? ¿Lo dejo pasar?
- ✓ Como santa Teresita que sentía la necesidad de llevar almas al Señor ¿te atreverías a *dar de beber* al Señor?
- ✓ ¿Cómo puedo ser testigo de luz en mi ambiente?
- ✓ ¿Mi encuentro con Jesús me lleva, como a la Samaritana, a anunciarlo a todos?
- ✓ Ahora es el momento de dar respuesta al Señor en tu corazón, de aquello que el Espíritu te ha sugerido en la lectura y en la meditación.